

Bahr, Aida: *Espejismos*. Ediciones UNIÓN, La Habana, 1998, 98p.

Cuando aparecieron los **Espejismos** de Aida Bahr entre las ediciones UNIÓN de 1998, muchos de los cuentos de esta narradora del extremo más oriental de la Antilla mayor (Santiago de Cuba, 1958) ya habían aparecido en varias antologías de literatura cubana, y habían sido publicados sus volúmenes de cuento **Hay un gato en la ventana** (1984) y **Ellas de noche** (1989).

Si algo distingue a **Espejismos** de la anterior producción narrativa de esta autora es su alto nivel metafórico, su profundo análisis de la problemática femenina y la madurez que muestra su escritura en la cual dialogan sin conflicto lo real y lo metafórico, en un estilo que oscila entre lo directo, lo factual, y lo poético.

Ocho son los espejismos de Aida Bahr en este libro. Ocho historias protagonizadas (y al mismo tiempo narradas) por mujeres en sus diferentes etapas de vida, desde la niñez, como sucede en *Tía Enma* -uno de los cuentos más hermosos del libro- donde una niña descubre los misterios de la sexualidad por medio de un espejo “diabólico”; hasta la vejez, suave y dolorosamente tratada en *Imperfecciones* –cuento que da inicio al libro- en el que los espejos se transforman ante los ojos de la abuela en el espacio del anhelo, en el mundo posible para la recuperación de lo perdido y de los sueños; marcos en los cuales ella busca su pasado que está inscrito en la imagen del otro.

Para la joven bailarina de *Soñar* también los espejos simbolizan lo anhelado pero con el matiz de lo perfecto, y esa propiedad lúdica del espejo es la causa de su obsesión casi enfermiza: “El espejo le devuelve un cuerpo obediente y dúctil, capaz de elevarse en prodigiosas piruetas. La angustia empieza a consumirla, los celos la devoran. ¿Por qué es su imagen la perfecta?” (p.34).

Sin embargo, como es usual, el espejo se permite también la simple constatación de la realidad, posibilita el autoreconocimiento: “Fui a sentarme en la cama, de buena gana me hubiera tirado a dormir. Cansancio, hastío, soledad. Me miré en el espejo de la cómoda. Tenía un aspecto terrible. Esa eres tú, me dije, ¿qué otra cosa puedes esperar?” (p.32). La sencilla contemplación de su imagen en el espejo le permite a la protagonista de *Ritual de la despedida* -una mujer anónima con un conflicto común- la reflexión final que la determina a no soportar más las incomodidades de su matrimonio; el espejismo de su “estabilidad” fue destruido por una imagen única y real, demasiado significativa y evidente como para no ser tenida en cuenta.

En las cuatro historias restantes los espejos han sido trocados por ojos, aguas, olores. Aparecen los conflictos provocados por las diferencias raciales, la disolución de la familia a causa del exilio, el inevitable paso del tiempo, las inexperiencias propias de la juventud, entre otros escabrosos temas. La menuda pero indeclinable muchacha de *Pequeño corazón*, sufre el espejismo del amor y a él se entrega olvidándose de sí misma: “Lo que yo quería era que él me mirara así como si yo fuera lo más importante del mundo, lo único por lo que

valía la pena vivir. Hubo un tiempo en que lo hizo, o tal vez yo inventé esa mirada y la puse en sus ojos, o quizás me miré en ellos y lo que vi fue el reflejo de mi propio amor.”(p.56). De esa misma manera aparentemente obstinada, pero en realidad apasionada, se entrega Luisa, la protagonista de *Blanco y negro*, cuya vida estuvo siempre marcada por la de Rebeca, su prima; hasta el amor de un mismo hombre compartieron y la hija de Rebeca terminó siendo su propia hija. Luisa tiene plena conciencia de lo que ha sido su vida y la resume de manera objetiva: “Todos somos un poco egoístas, si nos sacrificamos por alguien, casi siempre es porque disfrutamos ese sacrificio, o para que se nos agradezca, o porque el sacrificio no es en realidad tan grande.” (p.77).

Ausencias más que un cuento es una reflexión poética acerca del paso de la niñez; un aguacero puede desencadenar recuerdos y el agua se convierte en la nostálgica memoria de un tiempo que ya no volverá. Por otra parte, el *Olor a limón* evoca los recuerdos de la niña del último cuento, fruto de un apresurado matrimonio de juventud. Iris, su madre, ya no aceptará más imposiciones ni prejuicios, y decide enfrentar la realidad armada con la libertad que conquistó y el amor de su hija.

De esta manera concluye Aida Bahr un libro que se agradece por su retorno a temas que no pierden actualidad ni vigor, y que ella ha tratado con la sutileza que pueden permitirse las buenas narradoras. Los cuentos de Aida Bahr superan su condición de elaboradas narraciones ficticias para convertirse en testimonios de una realidad que va más allá de las fronteras del espacio y del tiempo, y a ello responden, entre otros elementos, esa tendencia casi unánime a contar en primera persona y el anonimato de sus narradoras protagonistas.

Espejismos sin dejar de ser un libro de tradicional factura, incluye narraciones que buscan una perspectiva más novedosa y logra envolvernos en un clima de agradable frescura narrativa propicio para la reflexión más reposada. Con estos cuentos, Aida Bahr abre los intersticios de una cotidianidad mucho más rica y compleja de lo que alcanzamos a percibir, en la que la mujer, a pesar de reconocerse como la principal protagonista, aún carga con el peso de su sexo.

Caridad Tamayo
Casa de las Américas